



VI Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2014

**VI CONGRESO VIRTUAL SOBRE
HISTORIA DE LAS MUJERES.
(DEL 15 AL 31 DE OCTUBRE DEL 2014)**



**El opio y las escritoras del siglo XIX: Elizabeth Barrett Browning,
Maria White Lowell y Elizabeth Siddal.
Isidro Marín Gutiérrez
Mónica Hinojosa Becerra**

El opio y las escritoras del siglo XIX: Elizabeth Barrett Browning, Maria White Lowell y Elizabeth Siddal

Isidro Marín Gutiérrez

Docente investigador de la Universidad Técnica Particular de Loja
(imarin1@utpl.edu.ec)

Mónica Hinojosa Becerra

Productora de contenidos audiovisuales de la Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL) (monicahinojosa75@gmail.com)

El opio en sus múltiples variaciones fue la sustancia estupefaciente que predominó en las sociedades occidentales durante todo el siglo XIX. Los motivos fueron múltiples, pero principalmente fue tanto médicos, como lúdicos o como sociales. La mayor proporción de consumidores de opio en el siglo XIX eran mujeres.

En los primeros recetarios escritos durante siglos anteriores ya aparecían los usos terapéuticos del opio para un sinnúmero de enfermedades variadas. El médico y alquimista Paracelso (1493–1541), durante el siglo XVI, consiguió preparar por primera vez láudano, una tintura de opio en alcohol. Los efectos del láudano son diferentes a los del opio fumado. Así el alcohol añadía a las cualidades euforizantes, tranquilizantes y sedantes del opio la alteración y la intensificación de los sentidos y de la imaginación. También el médico inglés Thomas Sydenham (1624-1689), Londres se encargó, a finales del siglo XVII, de hacer popular el consumo de láudano para fines médicos en Reino Unido. Es famosa su célebre frase (1680): "De los remedios que ha dado Dios al Hombre para aliviar su sufrimiento, ninguno es tan universal y eficaz como el opio". Para el año 1700 existían diferentes compañías farmacéuticas que producían variedades de láudano que se prescribían según el peso y el sexo del enfermo. Desde un principio quedó claro los efectos euforizantes y su carácter adictivo que ejercía el opio pero no se les tenían muy en cuenta ya que eran mayores los beneficios de esta sustancia.

Alethea Hayter escribió un tratado llamado *Opium and the Romantic Imagination* (El opio y la imaginación romántica) en donde afirmaba que en el

siglo XVIII el adicto al opio era muy común en todas las clases sociales de Inglaterra. Dorothy Stafford, también llamada Lady Stafford (1526-1604), a quien el historiador Horace Walpole la recordaba decir cuando iba a casa de su hermana: “Querida, hoy vengo sin mi agudeza mental”, con lo que quería decir que ese día no había tomado opio. Según Horace Walpole, se veía obligada a tomarlo cuando tenía previsto visitar a alguna persona, para encontrarse en el estado de ánimo apropiado (Walpole, 1904).

Durante el periodo victoriano (1837-1901), las enfermedades y las infecciones estaban menos controladas que hoy en día. La mortalidad infantil era muy elevada y la muerte de familiares infantiles estaba a la orden del día, tanto en clases bajas como en clases altas. El sarampión, la rubeola o la tuberculosis eran enfermedades propias de este siglo atacados con opio como medicamento. Nadie se preocupaba si el opio era adictivo o no, eso pasaba a un segundo plano. Les quitaba a sus consumidores del dolor y del estrés, era llamada “la medicina de Dios” y curaba desde achaques, toses, fiebre, diarreas, reuma, neuralgia o el insomnio.

El escritor Thomas Penson de Quincey (1785–1859), más conocido por sus *Confesiones de un comedor de opio inglés* (1821), siempre llevaba una botellita en el bolsillo de su chaleco y afirmaba que la felicidad se podía comprar por un penique. En la obra de De Quincey, “Confesiones de un inglés comedor de opio”, se escriben los poderes visionarios que tiene el opio. En los trabajos de Santa Louise Anderson, una joven escritora de California, observamos cómo esperaba ser invadida por los “sueños del paraíso” de los que De Quincey escribió también cuando utilizaba la pipa de su criado chino. La poetisa Elizabeth Browning encontró su inspiración en De Quincey en su “constante sucesión de creaciones poéticas alternadas con tragos de morfina”, escribiendo el poema *A True Dream* (“*Un sueño real*”), bajo influencia del opio (Hayter, 1968).

Muchos escritores de este periodo utilizaron opio y alguno de ellos fueron grandes adictos a esta sustancia. Alethea Hayter, escribió sobre la influencia del opio en la temática de los célebres trabajos de De Quincey, Coleridge, John Keats, Edgar Allan Poe, Charles Dickens, Wilkie Collins y Francis Thompson. Samuel Taylor Coleridge publicó más tarde su célebre “Kubla Khan”, en 1798,

como resultado de un sueño provocado por el opio “en una especie de ensoñación”.

A finales de siglo, cuando las enfermedades iban remitiendo y había un mayor control sanitario es cuando se alzaron voces en contra del opio. Apareció un movimiento religioso en contra del opio y el alcohol; en contra de la guerra de Inglaterra contra China, a lo largo del siglo XIX. Pero a pesar de este movimiento por la Templanza no se pudo evitar que el opio formara parte de centenares de remedios farmacéuticos patentados tanto en Europa como América. Así, estos medicamentos elaborados con opio aparecían anunciados en los periódicos, revistas y carteles publicitarios. Por ejemplo estaba Godfrey's Cordial, del que se llegaban a vender 34 litros semanales en cualquier ciudad británica mediana en los años 50 del siglo XIX. En los Estados Unidos los preparados de opio estaban repartidos por más de 3.000 tiendas de ultramarinos de Iowa que durante el siglo XIX tenía una densidad de población muy baja (López, & Ulises, 2010).

La aparición de la morfina

A principios del siglo XIX una serie de farmacólogos, entre ellos el alemán Friedrich Wilhelm Adam Sertürner (1783-1841), consiguieron aislar y extraer el alcaloide más activo en el opio, la morfina en 1804. La poetisa Elizabeth Barrett Browning (1806-1861) escribía sobre el consumo de morfina durante su larga enfermedad pulmonar que comenzó a padecer en los años 30 del siglo XIX. Con la invención de la jeringuilla hipodérmica, de Alexander Wood en 1854, se consiguió inyectar en los cuerpos de las personas. Aquello consiguió aumentar los efectos de la sustancia y que el proceso adictivo fuera más corto. Es curioso que la primera mujer adicta a la morfina consumida por vía intravenosa fuera la mujer de Alexander Wood, Rebecca Massey. El consumo por vía intravenosa de morfina se convirtió en una moda en las clases altas. Muchas mujeres de clase alta tenían cajitas de oro y plata bellamente adornadas con piedras preciosas que utilizaban para guardar las jeringuillas (Pérez & Alegre, 1992).

Pero el gusto por el opio se dio en todas las clases sociales. La clase trabajadora también consumía láudano. Incluso llegó a sustituir a la cerveza. Los fumaderos de opio se encontraban en las grandes ciudades en los barrios

chinos. También era muy común que se les diera opio a los niños para que no llorasen por las noches o para que estuvieran “tranquilos” durante el día y sus madres pudieran ir a trabajar a las fábricas (Carballeda, 2014).

Como ya hemos comentado en torno al 60%-70% eran las mujeres las que lo consumían. Sus edades comprendían entre los 25 y los 55 años, ya que el consumo de opiáceos se prescribía para las molestias de la menstruación y la menopausia. También se utilizaba para los dolores del parto. También existían factores psicológicos y la opresión social sobre las mujeres en esta época victoriana que las hicieron más vulnerables al consumo de opio. Cabe recordar que esta sociedad estaba dominada por los hombres y a las mujeres se las consideraba seres inferiores desde un punto de vista físico, psicológico, social e intelectual. Así que las tareas domésticas y la maternidad eran obligaciones de las mujeres dada su condición natural. Y la educación universitaria, las profesiones liberales eran exclusivas de los hombres. Las mujeres estaban sometidas a sus padres y, posteriormente, a sus maridos. Esta situación se interiorizaba gracias al código social y a los valores morales del siglo XIX de madres a hijas (Monlau & Salarich, 1984).

A las mujeres no les estaba permitido un comportamiento fuera de lo normal. Y pocas eran las formas de evasión de la realidad que les estaba permitido. Consumir alcohol era considerado un vicio para los hombres; era inapropiado para las mujeres. Lo mismo pasaba con el tabaco, lo cual explica el escándalo ocasionado por George Sand, seudónimo de la escritora francesa Amandine Aurore Lucile Dupin (1804-1876), baronesa Dudevant, cuando fumó en público a finales de los años 50 del siglo XIX. El opio como instrumento literario aparece en la segunda novela de George Sand, *Valentina*, donde la mujer se abandona a la seducción bajo la influencia del opio. En *Middlemarch*, de George Eliot, cuyo nombre verdadero era Mary Anne Evans (1819-1880) uno de los personajes principales es asesinado con una sobredosis de opio.

Así que los medicamentos a base de opio fueron los mejores amigos de las mujeres. Las intoxicaciones de láudano quedaban siempre ocultas en sus casas. Muchas comenzaron a consumir láudano o morfina prescrito por sus médicos particulares debido a enfermedades crónicas. Y la adicción no se hizo patente cuando pasó la enfermedad y las mujeres no querían dejar el hábito. Este fue el caso de Elizabeth Barrett; su prometido Robert Browning le fue

reduciendo su consumo poco a poco hasta eliminarlo. Existe una crítica contra la práctica de prescribir opio sin dar una advertencia de su poder adictivo.

En *A Voice in the Wilderness* (“Una voz en el desierto”), de María Weed (1895) se describe una joven viuda de clase alta. Sobre su escritorio se encontraba su jeringa hipodérmica y el frasco con la solución e morfina. Al lado se encontraba el retrato de su último marido. Su doctor intentaba curarla mediante técnicas psicológicas y la reducción paulatina de su dosis.

La actriz de teatro Sarah Bernhardt (1844-1923) tenía dolores en su pierna y haciendo caso omiso a sus doctores hizo su debut tras tomar una gran dosis de opio para disimular su dolor. Caroline Riddell afirmaba que nunca salía sin su botellita de láudano, ya que le ayudaba en sus dolores. Tenemos a otras mujeres que tomaron opio con fines medicinales como Elizabeth Barrett Browning o Louisa May Alcott. A lo largo del siglo XIX y principios del XX el consumo de opio o láudano pasará al hidrato de cloral, la heroína o los barbitúricos. Muchas mujeres serán inconscientes en su consumo y aumentarán sus dosis sin tener conciencia de las consecuencias que ello reporta.

Elizabeth Barrett Browning

Elizabeth Barrett Browning (1806-1861) fue una de las poetas inglesas más destacadas de la época victoriana. Su poesía fue muy popular durante su vida en Gran Bretaña y Estados Unidos. También fue una gran consumidora de opiáceos por prescripción médica. Como la de sus contemporáneas Margaret Fuller y George Sand, la educación de Elizabeth Barrett fue mucho más allá de la habitual para las mujeres en aquella época (Leighton, 1986).

La familia de Barrett había vivido en Jamaica desde 1655. La principal riqueza familiar eran sus tierras, unos 10.000 acres (unos 40 km²) en Cinnamon Hill, Cornwall, Cambridge, Oxford y fincas en el norte de Jamaica. El abuelo materno de Elizabeth tenía plantaciones de azúcar, molinos, ingenios, fábricas de vidrio y barcos que comerciaban entre Jamaica y Newcastle. Algunos biógrafos de Elizabeth afirman que la poeta tenía sangre africana a través de su abuelo Charles Moulton. El padre de Elizabeth decidió criar a su familia en Inglaterra, mientras que su fortuna seguía creciendo en Jamaica. La fortuna de

la madre de Elizabeth, la familia Graham Clarke, derivaba de la rentable y legal trata de negros.

Elizabeth Barrett Moulton-Barrett nació en 1806, en el condado de Durham, Inglaterra. Sus padres eran Edward Barrett Moulton Barrett y Mary Graham Clarke; Elizabeth era la mayor de sus doce hijos (ocho hombres y cuatro mujeres). Todos los niños vivían a la edad adulta a excepción de una chica, que murió a la edad de tres años cuando Isabel tenía ocho años. Los niños en su familia todos tenían apodos: Elizabeth fue "Ba" para su familia (Forster, 2012).

Primeras publicaciones

Elizabeth escribía a corta edad, aún quedan manuscritos suyos de aquella época. Fue educada en su propio hogar, como era costumbre. Ella era una niña muy estudiosa y precoz. Estudió a los clásicos, admiró a los poetas románticos y demostró su talento a una temprana edad. Escribía poemas a la edad de seis años y estaba, a la edad de ocho años, fascinada por Homero, que estudiaba en griego. A la edad de diez años escribió su propia epopeya homérica de la batalla de Maratón. Su padre la animaba a escribir. A la edad de 14 años su padre le regaló 50 copias impresas de su obra. Ella leía desde Virgilio, a Shakespeare o Milton. Hacia 1821 había leído la obra de Mary Wollstonecraft sobre los Derechos de la Mujer (1792) y se convirtió en una defensora acérrima de sus ideas. Mientras que sus hermanos varones podían ir a la escuela y luego a la Universidad ella tenía que quedarse en casa. Además de leer literatura clásica leía metafísica y obras religiosas. A pesar de todo Elizabeth quería a sus hermanos y tenía un profundo respeto por su padre (Browning, 1902).

Comenzó a publicar en revistas mensuales en 1821. En 1826 sus poemas reflejaban su pasión por Lord Byron y la antigua Grecia. Tradujo del griego obras de Homero, Píndaro o Aristófanes. Desde los 15 años de edad Elizabeth tuvo fuertes dolores de cabeza y dolores en la espalda con pérdida de movilidad. Sus tres hermanas también tuvieron ese problema. Luego en 1837 contrajo una enfermedad pulmonar. Su constitución siempre fue frágil y débil. María Russell Mitford describía a la joven Barrett Browning como “una figura menuda, con una lluvia de rizos oscuros cayendo a cada lado de su cara

expresiva; los ojos grandes y tiernos, pestañas oscuras y una sonrisa como un rayo de sol". Elisabeth tomaba opiáceos para el dolor, concretamente láudano (un brebaje a base de opio) y posteriormente morfina, prescrito por sus médicos. Los opiáceos fueron sus compañeros durante toda su vida. La biógrafa Alethea Hayter ha sugerido que su consumo de opiáceos pudo haber contribuido a la intensidad de su salvaje imaginación y a la poesía que produjo.

Adolescencia

La madre de Elisabeth murió en 1828. Su tía se hizo cargo de ella y tuvo serios enfrentamientos. La familia se mudó tres veces entre 1832 y 1837, primero a Devonshire, donde permanecieron durante tres años. Más tarde se trasladaron a Gloucester Place en Londres.

Elisabeth se opuso a la esclavitud y publicó dos poemas que destacaban la barbarie de los esclavistas y su apoyo a la causa abolicionista. En "Runaway" describía a una mujer esclava que es azotada, violada y embarazada mientras maldice a los esclavistas. Elisabeth declaró que los esclavos eran "prácticamente libres" cuando se aprobó la Ley de Emancipación en las colonias británicas en 1833, a pesar del hecho de que su padre creía que el abolicionismo arruinaría su negocio. Estas ideas produjeron un distanciamiento entre Elisabeth y su padre. Después de la rebelión de esclavos de Jamaica de 1831 las cuentas familiares comenzaron a declinar (Barrett Browning, 1996).

Durante 1838 Elisabeth tuvo tuberculosis y se trasladó de Londres a Torquay, en la costa de Devonshire. En febrero de 1840 su hermano Samuel murió de una fiebre en Jamaica y su hermano Edward se ahogó en un accidente de navegación. Entre 1841 y 1844 Elisabeth fue muy prolífica en la poesía, traducción y prosa. El poema "*The Cry of the Children*", publicado en 1842 condenaba el trabajo infantil. En 1844 publicó dos volúmenes de poemas, que incluyó "*un drama del exilio*", "*Una Visión de los Poetas*" y "*El cortejo de Lady Geraldine*". Podemos pensar que esa forma de escribir tuvo en parte, la ayuda morfínica:

Elisabeth Barrett Browning escribió a uno de sus hermanos: "¡Estoy escribiendo tales poemas - alegóricos - filosóficos - poéticos - éticos- sintéticamente arreglados! Me encuentro en un buen momento para escribir - podría escribir día y noche - y con ganas de vivir por mí misma durante tres meses, en un

bosque de castaños y cedros, en una sucesión continua de párrafos poéticos y dosis de morfina” (Hodgson, 2001).

En la década de 1830 su primo, John Kenyon, le presentó a figuras literarias prominentes de la época como William Wordsworth, María Russell Mitford, Samuel Taylor Coleridge, Lord Tennyson o Thomas Carlyle.

Su amor a Robert Browning y su viaje a Italia

Fue una de las escritoras más populares en el país en ese momento y el escritor Robert Browning se puso en contacto con ella diciéndole lo mucho que amaba su trabajo. Él había admirado su poesía durante mucho tiempo y así comenzó una de los noviazgos más famosos de la literatura. Sus médicos le recomendaron ir a Italia para evitar otro invierno en Inglaterra pero su padre se oponía.

El noviazgo y matrimonio entre Robert Browning y Elizabeth se llevó a cabo en secreto ya que ella y sus hermanos estaban convencidos de que su padre no lo aprobaría. Elisabeth era seis años mayor que él y estaba enferma. La familia no podía creer que Robert Browning estuviera realmente enamorado de Elisabeth. Más bien pensaban que era un cazafortunas de clase baja.

Al enterarse de la noticia su padre lo primero que hizo fue desheredarla. Como Elizabeth tenía algo de dinero ahorrado en su cuenta, la pareja vivió razonablemente cómoda en Italia, y su relación fue armoniosa. La pareja fue muy respetada en Italia, e incluso se hicieron famosos. Elizabeth a la edad de 43 años, dio a luz un hijo, Robert Wiedeman Barrett Browning, a quien llamaban Pen. La pareja llegó a conocer a un amplio círculo de artistas y escritores en Italia (David, 1987).

Su muerte y legado

A la muerte de su padre, su salud fue decayendo, cada vez tenía más problemas pulmonares. Ella se trasladó de Florencia a Siena. Profundamente absorta en la política italiana, ella emitió un pequeño volumen de poemas políticos titulado Poemas antes del Congreso (1860) la mayoría de los cuales fueron escritos para expresar su solidaridad con la causa de la unidad italiana después del estallido de las hostilidades en 1859. Esto causó un furor en Inglaterra, y las revistas conservadoras Blackwood y el Saturday Review la

marcaron como una fanática revolucionaria. Su hermana Henrietta murió en noviembre de 1860. La pareja pasó el invierno de 1860-1861 en Roma, donde se deterioró aún más la salud y volvieron a Florencia a principios de junio de 1861. Ella siguió consumiendo altas dosis de morfina para aliviar su dolor. Finalmente Elizabeth el 29 de junio 1861 en los brazos de su marido.

Elisabeth fue muy popular en el Reino Unido y en Estados Unidos durante su vida. El poeta norteamericano Edgar Allan Poe se inspiró en su poema "El cortejo de Lady Geraldine" para su famoso poema de "El cuervo". Su poesía influyó en Emily Dickinson, que la admiraba. Lilian Whiting publicó una biografía de Elizabeth en 1899, en donde la retrataba con un "don de la adivinación intuitiva espiritual". A lo largo del siglo XX, su poesía se mantuvo casi en el anonimato hasta que sus poemas fueron redescubiertos por el movimiento feminista.

Su relación con los opiáceos

Su constitución delicada, que hizo de ella una inválida crónica y una consumidora de opio, no le impidió llegar a ser una de las poetas más conocidas del siglo XIX. Elizabeth se podría tildar actualmente como la típica yonqui médica. Los medicamentos con bases de opio, láudano o morfina, le fueron rutinariamente prescritas por sus doctores durante sus enfermedades. Empezó a usar el opio a los quince años, tras sufrir los dolores de cabeza y de espina dorsal, complicada con una histeria nerviosa. En un poema de esta época, *The Development of Genius* ("El desarrollo del genio"), se demuestra en uno de sus pasajes la elevada sensibilidad a los sonidos típico del consumo de opio: "Tenía un sueño sobre mi alma. Me parecía que el silencio me evitaba como un enemigo: que todos los sonidos, en un aburrido y salvaje cónclave, se habían unido en las cámaras de mi oído atormentando su sentido - que yo podía escuchar la hierba creciendo, - las hojas cayendo - el flotar de las nubes - la luz del sol palideciendo - las gotas de rocío - las numerosas alas de pájaros e insectos - el profundo empuje de los manantiales a brazas de profundidad - el ciego topo arrastrándose a través del suelo con su pellejo negro - el lloroso eucalipto que olía dulce: el romperse del gastado sudario en tumbas lejanas cuyo polvo al polvo está mezclado: el crecimiento de mi propio pelo - mi propia sangre latiendo libre - ¡Sí! y sus miles de ecos – sensatamente mientras

puedes escuchar mi voz que te habla. Su sonido no se concentraba en un solo estruendo; no estaban apagados los tonos más bajos en los superiores: pero, alrededor, cada uno, con sus curiosas torturas separadas rompía, hasta que la Disonancia estallaba en mi oído - con lo cual me levantaba”.

En *A True Dream* (“*Un sueño real*”, de 1833) estaba basado en un sueño que Elizabeth tuvo. Según dice Alethea Hayter: “...es casi un registro de historias clínicas, de las imágenes inspiradas por el consumo de opio: serpientes de piel viscosa y brillante, de cara glacial, besos venenosos, humo irisáceo, aliento gélido”. El elemento dramático se consigue al conjugar elementos de alquimia, magia y viaje astral. En ella leemos: “Abrí la vía mística, extraje el líquido, y mientras el humo salía en espiral, yo permanecía impávida. El humo salía en espiral, en espiral, todo silencioso, y oscuro, y lento... Vi caer las gotas de la tortura; oí elevarse los gritos, mientras las serpientes se retorcían agónicas bajo mis ojos soñolientos...Y sus ojos resplandecían, y sus escamas viscosas brillaban rojas y redondas, más que el sol infinito, en cualquier momento encontrará tu visión entre la niebla...Y se hacían aún mayores y mayores, y aún más y más grandes, y gritaban en su dolor: “Ven, ven con nosotras, somos más fuertes, somos más fuertes.”...Y de entre ellas se alzó una forma encerrada en un sudario fúnebre - Volé desde él con alas de viento, me perseguía en un torbellino. Permanecí junto a la puerta de una cámara, y pensé en esconderme en su oscuridad; cerré la puerta, y olvidé el rato que había permanecido en el exterior. Y sonó el toque de difuntos de mi corazón de una forma salvaje mientras yo aún sujetaba la llave; sentí dentro de mí un aliento gélido, y supe que eso era él. Escuché estas palabras: “La que tenga gusto, beberá del cuenco mágico; así su cuerpo podrá llevar a cabo mi misión aquí acompañado de su alma”. Mi mano estaba fría como la llave que sujetaba, mi corazón era pesado como hierro; vi un destello, oí un sonido - el reloj daba las ocho”.

La segunda enfermedad que Elizabeth sufrió comenzó en 1837. Afectó a sus pulmones y a su corazón y fue necesario administrarle más medicamentos de lo que era habitual. Tomaba cuarenta gotas diarias de láudano, la dosis de los grandes adictos capaz de matar a un consumidor inexperto, cuando conoció al poeta Robert Browning y se enamoró de él. En una carta, defendía ante Robert el empleo que hacía del opio: “El opio ayuda a mi pulso a mantenerse firme y

sin palpitaciones (...) aporta a mi sistema nervioso la serenidad y el punto de equilibrio precisos. No lo tomo para animarme, en el sentido habitual del término; no debes pensar eso”.

Su preocupación por la adicción se iba agudizando, según podemos ver por lo que le escribió unos pocos meses más tarde, con más intensidad incluso, pero prometiendo de nuevo abandonar el hábito a Robert:

“¡Y que te preocupes tanto por el opio...! Entonces yo también debo preocuparme, y reducir el consumo, por lo menos. Al otro lado de tu bondad e indulgencia (sólo un poco al otro lado), puede resultarte extraño que yo que no he padecido ningún dolor, ningún sufrimiento agudo que eliminar desde ningún punto de vista, necesite opio de alguna manera. Pero no he vuelto a tener descanso desde que casi me vuelve loca. Durante algún tiempo perdí la capacidad de dormir lo suficiente. Incluso durante el día, la dolorosa sensación de debilidad era intolerable, y se unía a las palpitaciones, como si la vida de una, en lugar de mover el cuerpo, estuviera encerrada en él sin reducir, golpeando y palpitando en todas las puertas y ventanas, impotente en su búsqueda de salida.

Así que los médicos me recetaron opio (un preparado de él, llamado morfina, y éter), y desde entonces lo llamo mi ambrosía, mi elixir, ya que su poder sedante ha sido maravilloso. Un sistema nervioso como el que tengo, tan irritable por naturaleza y tan maltrecho por diferentes motivos, ha hecho que la necesidad sea constante hasta ahora, y sería peligroso abandonar el remedio tranquilizador, según Mr. Yago, a menos que se hiciera muy lenta y gradualmente. Pero lenta y gradualmente se puede hacer algo, y debes entender que yo nunca incrementé la cantidad prescrita... ¡recetada desde el principio por un médico! ¡Ahora piensa en todo lo que te digo!”.

Robert, cuya obra más importante por aquel entonces era el poema “Paracelso”, se convirtió a ojos de Elizabeth en todo lo que el gran médico y alquimista del siglo XVI, descubridor del láudano en la medicina moderna, representaba. Fue la reputación de Paracelso como sanador de los enfermos lo que alimentó la imaginación de Elizabeth, pues Robert estaba haciendo por ella algo similar al ayudarle a sobrellevar la reducción de la dosis habitual; fue su amado Robert quien inspiró sus mejores discursos líricos.

La adicción de Elizabeth Barrett Browning pasó desapercibida para sus contemporáneos (o quizás no fue lo suficientemente importante como para que les llamara la atención), pero, gracias a la publicación de la correspondencia mantenida entre los Browning y la escritora americana JuliaWark Howe, sabemos que fue el tema central de un intercambio de opiniones muy distintas entre ambas partes durante el año 1857. Robert se enfureció ante la afirmación de Howe de que la imaginación poética de Elizabeth era sólo resultado del uso que hacía del opio. Elizabeth, por el contrario, no consideró este ataque digno de una respuesta. Su integridad como poeta fue incuestionable. Otra mujer que hemos conocido que fue sepultada por la historia y que hoy hemos tratado de rescatar.

Maria White Lowell

La trascendente Maria White Lowell, una poeta de gran talento y belleza, fue una de las *medias azules* que estuvieron presentes en las Conversaciones de Boston de Margaret Fuller a principio de la década de 1840. Fue una abolicionista ardiente y luchadora. Un personaje del que ha quedado poco legado ya que falleció a temprana edad.

María White nació en Watertown, Massachusetts, el 8 de julio de 1821, en una familia de intelectuales de clase media. Era la hija de Anna Maria Howard y Abías White, un próspero comerciante. La educación inicial de María White fue, como era costumbre en su tiempo, en su propia casa por una institutriz. Fue educada bajo una estricta disciplina ascética en la Escuela-Convento de las Ursulinas en Charlestown, Massachusetts que posteriormente fue incendiada por una turba en 1834. Desde su más tierna infancia María White desarrolló un profundo amor por la literatura y por la poesía. A ella le encantaba recitar poemas de memoria y también escribía sus propios versos originales.

María se involucró en el movimiento por la Templanza y era una partidaria de los derechos de las mujeres y en contra de la esclavitud. En 1839 María White comenzó a participar en un salón dirigido por la defensora de los derechos de la mujer y trascendentalista, Margaret Fuller. Eran reuniones de mujeres en donde se hablaban de diferentes temas de actualidad. Se podría asemejar a las tertulias intelectuales de los cafés españoles, pero con mujeres. El salón era un foro de discusión principalmente de temas morales y religiosos

contemporáneos. María White también comenzó a asistir a las reuniones celebradas por la "Banda", ésta era organización social informal que se componía de estudiantes de la Universidad de Harvard y sus parientes de sexo femenino. Así, el hermano de María White, William, la presentó a su futuro marido, el poeta, crítico y futuro editor y diplomático estadounidense James Russell Lowell. El flechazo fue instantáneo y la pareja se comprometió en otoño de 1840. El padre de María, Abijah White, como comentamos anteriormente un rico comerciante de Watertown, insistió en que su boda debía ser pospuesta hasta que James Russell Lowell tuviera un buen empleo. Y finalmente se casaron cuatro años más tarde el 26 diciembre de 1844 en la casa paterna. James afirmaba que su esposa no sólo fue su musa para su poesía, sino que también la que mejoró su estilo literario y le animó a apoyar los movimientos sociales progresistas, como el abolicionismo. Poco tiempo después María publicará *Conversaciones sobre algunos poetas antiguos (Conversations on the Old Poets)*, una colección de ensayos propios previamente publicados. La joven pareja siempre estuvo muy compenetrada, hasta tal punto que un amigo de la pareja describió la relación como "el mejor retrato de un verdadero matrimonio" o "dos almas con un solo pensamiento, dos corazones que laten como uno solo". James Lowell describía a su joven esposa de una forma muy tierna; afirmaba que María estaba hecha de "mitad de tierra y un poco más del Cielo". James Lowell afirmaba que su primer libro de poesía, *Un año de vida (A Year's Life)* (1841), "debía toda su belleza a ella", aunque solamente se vendieron 300 copias del libro (Greenslet, 1946).

La personalidad y creencias de María la condujeron a verse implicada en movimientos contra el libertinaje o la esclavitud. María White, fue miembro de la Sociedad Femenina anti-esclavitud de Boston y convenció a James Lowell a convertirse en un abolicionista. Aunque Lowell previamente había expresado opiniones anti-esclavistas, María White lo incitó a una expresión e involucramiento más activo. Su poesía fue elogiada por su capacidad tanto para mover los corazones y despertar las conciencias de sus lectores. Profundamente comprometido con las causas de la Templanza, antiesclavistas y la liga anti alcohol en su poesía. Sus poemas "La madre del esclavo" y "África" condenaban la institución de la esclavitud, principalmente a causa del terrible impacto que tuvo sobre las mujeres esclavizadas. Su segundo volumen

de poemas, *Poemas misceláneos (Miscellaneous Poems)*, expresaba sus pensamientos anti-esclavistas, y vendió más de 1.500 copias, que estaba muy bien para la época (Kopley, 1995).

Debido a la débil salud de María la pareja se mudó a Filadelfia poco tiempo después de contraer matrimonio. En Filadelfia, James Lowell se convirtió en editor auxiliar para el *Pennsylvania Freeman*, un periódico de corte abolicionista. En la primavera de 1845, los Lowell volvieron a Cambridge (Massachusetts) para establecer su hogar en Elmwood. A lo largo de ocho años de matrimonio, los Lowell tuvieron cuatro hijos, pero sólo su hija Mabel, nacida en 1847, superó la infancia. Su primer hijo, Blanche, nació el 31 de diciembre de 1845, pero vivió solo quince meses; Rose, nacida en 1849 también sobrevivió solo unos meses; su único hijo, Walter, nació en 1850, pero murió en 1852. James y María se vieron muy afectados por la pérdida de casi todos sus hijos. Su desgarró acerca de la pérdida de su primer hijo fue expresado particularmente en su poema "*La primera nevada (The first snowfall)*" (1847). En su poema "The Morning-Glory" describía a una de sus hijas fallecidas como una flor que había florecido y que se desvaneció muy pronto. El único consuelo que María pudo encontrar a raíz de la muerte de sus hijos era su fe en que habían encontrado la paz y la felicidad duradera en el cielo (Lowell, 1936).

Durante los años 1840 y 1850 María publicó sus poemas en la colección de *Las Mujeres Poetas de América*; en los periódicos del *Broadway Journal* y en el *Putnam*; y en el libro de *La Campana de la Libertad*. Uno de sus poemas más populares, "Rouen, Place de la Pucelle," elogiaba la valentía, e imaginaba los últimos momentos de la mártir Juana de Arco.

María en sus últimos años de su vida luchó contra la tuberculosis y la depresión de la pérdida de tres de sus hijos. Estaba muy pálida y enferma. Murió el 27 de octubre de 1853 a la edad de 32 años, en Cambridge, Massachusetts, cuando su fama como escritora se estaba asentando firmemente. Los poemas de María fueron recogidos y publicados en privado tras su muerte. "Una fantasía de opio" destaca entre ellos. El poema provocó en una de sus descendientes, la poeta Amy Lowell, que pronunciase el siguiente comentario: "¡Eso es poesía! Es mejor que cualquiera de los que escribió su marido, y él siempre dijo que ella era mejor poeta que él". James Russell Lowell recogió todos sus poemas

privados y los publicó en una edición póstuma, *Los Poemas de María Lowell*, en 1855. James Lowell consideró el suicidio, estuvo a punto de cometerlo por la pérdida de su amada. Escribió a un amigo que pensaba acerca "de sus navajas y mi garganta y soy un tonto y un cobarde por no terminar con todo esto de una vez". Está enterrada junto a su marido en el cementerio de Mount Auburn. Su legado continuó por un tiempo y en 1870, Emily Dickinson conoció a Thomas Wentworth Higginson, mencionó la poesía de María White. Dickinson pidió saber más sobre María y se inspiró en su trabajo (Walker, 1993).

“Una fantasía de opio” (*an opium fantasy*)

Leamos uno de sus poemas sobre el opio descrito como aliviador de los dolores. Lleno de posibilidades para soñar y fantasear. Aunque conociendo la forma de ser de María creo que lo utilizaría con fines medicinales para tratar su tuberculosis. Aunque tras leer el poema estoy segura que disfrutó de la experiencia:

“El opiáceo cuelga dulcemente en el cerebro, y calma con alivio el límite del dolor, hasta que un sonido violento, lejano o próximo, canta flotando en su dulce esfera ¿Qué me levanta de mi pesado sueño? ¿O estoy todavía durmiendo? Esas vibraciones largas y suaves parecen un cálido sueño en el que permanecer.

El juego divertido, un momento de parada, la distancia de nuevo se desenrolla como bolas plateadas que, suavemente caídas, se convirtieran en cuencos dorados.

Me cuestiono el rojo de las amapolas, la ostentosa raya mágica, mientras escarbo, con la cabeza colgando, entre su posición de falange. “Alguna bien aireada, con su cápsula escarlata, el nombre me fue revelado de su nuevo juglar, ¿quién puede deslizar el sueño en su melodía?”

Brillantes crecían sus cabezas envueltas en pañuelos escarlatas, cuando habían soplado refrescantes vientos, y desde sus graciosas camas ondulantes cantaban en voz baja:

“Oh, no es sino un pobre mochuelo, el más pequeño de su clase, que se sienta bajo la capucha nocturna y origina ese estruendo etéreo”. “Lenguas mentirosas, de tintes ardientes, sabéis más que todo esto - que él es vuestro príncipe encantado, condenado a ser un mochuelo para seguir”; “Ni su juego

afectuoso durante años ha cesado, pero por la noche desenrolla sus bolas plateadas que, suavemente caídas, se convierten en cuencos dorados”.

Elizabeth Siddal

Elizabeth Eleanor Siddal Rossetti (1829-1862) fue una modelo británica muy utilizada por los artistas de la Hermandad Prerrafaelita. Ella también fue poeta y artista. Siddal, cuyo aspecto sensual y espiritual y cabellera suelta y dorada fueron inmortalizados por su marido, el pintor Dante Gabriel Rossetti, era una de las modelos más famosas de la historia. Posó como modelo para una notable serie de óleos, los más memorables como *Madonna* y como la *Beatriz* de Dante (Marsh, 1992).

Lizzie era capaz de leer y escribir a muy temprana edad y le encantaba la poesía. Se cuenta la anécdota que descubrió un poema de Alfred Tennyson (1809-1892) en un trozo de papel de periódico que había sido utilizado para envolver una porción de mantequilla y que ese descubrimiento la inspiró para comenzar a escribir.

La modelo preferida de los prerrafaelitas

Siddal fue descubierta por el pintor Walter Howell Deverell en 1849 mientras trabajaba como modista de sombreros en Londres. Fue modelo de Deverell y a través de él fue presentada a los artistas del movimiento artístico de la Hermandad Prerrafaelita. Su apariencia física resumía el patrón medieval de belleza de moda en aquella época. Tenía 20 años, era alta, delgada y con el pelo rojizo la encumbraron a que fuera la modelo ideal de los prerrafaelitas. William Michael Rossetti, su cuñado, describió a Siddal como "una de las criaturas más bellas, con un aire entre dignidad y dulzura con algo que excedía la modestia y la autoestima y poseía una desdeñosa reserva; alta, finamente formada con un cuello suave y regular, con algunas características poco comunes, ojos verde-azulados y poco brillantes, grandes y perfectos párpados, una tez brillante y un espléndido, grueso y abundante cabello oro-cobrizo" (Marsh & Nunn, 1989).

El inicio de Elizabeth Siddal como modelo de pintores fue un comienzo tranquilo. Se le permitía seguir trabajando en la sombrerería de la señora

Tozer's a tiempo parcial, asegurándose así un salario regular y constante. Esta era una oportunidad bastante inusual para una mujer del siglo XIX.

En una de las ocasiones que posaba como modelo para el cuadro *Ophelia* de John Everett Millais (1852), Siddal se encontraba flotando en una bañera cubierta de agua para representar el ahogamiento de Ofelia. Millais la pintaba diariamente durante el invierno. Ponía velas debajo de la bañera para que el agua no estuviera fría. Pero las velas se apagaron y el agua se volvió completamente helada. Millais estaba tan concentrado en su pintura que no se dio cuenta y Siddal como una auténtica modelo no dijo nada. Después la sesión Siddal enfermó de neumonía. El padre de Siddal acusó a Millais y lo forzó a pagarle una indemnización para costear la factura del doctor (Armstrong, Bristow & Sharrock, 1998).

Elizabeth Siddal fue la principal musa de Dante Gabriel Rossetti en la mayor parte de su juventud. Se conocieron en 1850 cuando Rossetti la encontró trabajando como asistente en la sombrerería Tozer's. Después de conocerla, él la pintaba constantemente, excluyendo a casi todas las otras modelos y evitando que ella fuera modelo para los otros prerrafaelitas. Rossetti finalmente se enamoró y se casó con ella en 1860.

Aunque Siddal era una artista y poeta muy buena, fue ensombrecida por el genio de su marido y otros hombres de la hermandad prerrafaelita. Su falta de refinamiento social la hacía insegura, su salud era débil, ella y Dante Gabriel no eran compatibles sexualmente, y las infidelidades de su marido le causaban mucho dolor y depresiones. Dante Gabriel siguió buscando nuevas modelos a las que seducir y pintar. Elizabeth Siddal, loca de celos, llegó a arrojar al Támesis los dibujos que Rossetti hacía de otras mujeres. Así que su matrimonio se convirtió poco a poco en un infierno. Pasó de un consumo de opio a consumir láudano, tintura alcohólica de opio, para mantener una relación falsa con su pareja Dante Gabriel. Después de que su primera hija naciera muerta, se pasaba las horas meciendo la cuna vacía, cayó en la invalidez y la adicción al Láudano. Otros investigadores opinan que Siddal podría ser anoréxica, mientras otros atribuyen su pobre salud a una adicción al láudano (Marsh, 1988).

Algunos de los hechos que rodearon la muerte de Siddal fueron encubiertos durante años para proteger ciertas reputaciones. Elizabeth Siddal murió a los

28 años, en 1862, de una sobredosis de láudano que se había administrado antes de dormir, tras una cena con su marido y el poeta Algernon Swinburne. Después de la investigación, su muerte fue catalogada como accidental pero la verdad es que Siddal había escrito una carta de despedida y recriminación a su marido prendida en su camisón. Estaba de nuevo embarazada.

Rossetti siguió dibujando a su esposa. Estos dibujos y pinturas culminaron con *Beata Beatrix* (1863) un año después de la muerte de Siddal. Fue la modelo de este cuadro que muestra a la Beatriz de Dante Alighieri orando. Beatriz presenta una expresión de éxtasis, más sexual que religioso, llevando entre sus manos un pájaro con una aureola que porta en su pico una amapola, flor que simboliza la pasión y la muerte, así como el ingrediente del láudano, la sustancia que utilizó Siddal para su suicidio.

Rossetti cayó en la depresión y enterró la mayor parte de sus poemas inéditos en la tumba de su esposa, en el cementerio de Highgate. Rossetti cayó en un estado mórbido, consumía diversas sustancias y tenía una gran inestabilidad mental. Pasó sus últimos años retirado, como un recluso. Murió de una sobredosis de hidrato de cloral (Harris, 2007).

Un poema bajo la influencia del láudano

El poema que se incluye aquí, supuestamente está escrito bajo los efectos del láudano pocos días antes de la muerte de Siddal, fue publicado finalmente por su cuñado, el crítico William Michael Rossetti. En ella hay un anhelo y una esperanza de volver al más allá. Siddal ya no quiere permanecer viva en la tierra, en donde se ha convertido en un valle de lágrimas:

“La vida y la noche se me caen, la muerte y el día se me abren. Allá donde mis pisadas me llevan y traen la vida es un camino empedrado de dolor. Señor, ¿tardaré mucho en irme? Siempre tengo cerca corazones huecos, Los ojos desalmados han dejado de aplaudirme: Señor, ¿puedo acudir a Ti? La vida y la juventud y el tiempo veraniego ya no pueden alegrar mi corazón: Señor, recógeme del empedrado camino de la vida. Ojos amorosos, mucho tiempo cerrados mortalmente, miradme - La Santa Muerte me espera - Señor, ¿puedo acudir hoy? Mi vida exterior me entristece y aquieta, como azucenas en un arroyo helado.

Alzo mis ojos al sol, Señor, Señor, recordando lo perdido. ¡Oh, Señor, acuérdate de mí! ¿Cómo se está en la tierra desconocida? ¿Vaga la muerte de mano en mano? ¿Apretamos manos muertas, y temblamos con una alegría infinita y eterna? ¿Está lleno el aire del sonido de los espíritus girando y girando? ¿Hay lagos, de canción infinita, en los cuales descansar nuestra mirada fatigada? ¿Hay altos ángeles blancos observando y encaminándose a las riberas donde se tienden las azucenas? Señor, no sabemos cómo puede ser; Buen Señor, depositamos nuestra fe en Ti - Oh, Señor, acuérdate de mí.” Esta ha sido la historia de grandes artistas que murieron a temprana edad y que escribieron sobre el opio.

Bibliografía

- Armstrong, I., Bristow, J., & Sharrock, C. (Eds.). (1998). *Nineteenth-century women poets: an Oxford anthology*. Clarendon Pr.
- Barrett Browning, E. (1996). Aurora Leigh. *Barret Browning, Works*, 3, 1-317.
- Browning, E. B. (1902). *Elizabeth Barrett Browning*. Co-Operative Publication Society.
- Carballeda, A. J. M. (2014). Algunos aspectos históricos y geopolíticos que hacen a la construcción discursiva del consumo problemático de drogas. *Estrategias-Psicoanálisis y Salud Mental*, 1.
- David, D. (1987). *Intellectual Women and Victorian Patriarchy: Harriet Martineau, Elizabeth Barrett Browning, George Eliot*. London: Macmillan.
- Forster, M. (2012). *Elizabeth Barrett Browning*. Random House.
- Greenslet, F. (1946). *The Lowells and Their Seven Worlds*. Boston: Houghton Mifflin.
- Harris, J. C. (2007). Beata Beatrix. *Archives of General Psychiatry*, 64(11), 1228-1228.
- Hayter, A. (1968). *Opium and the romantic imagination*. Univ of California Press.
- Hodgson, B. (2001). *In the arms of Morpheus: The tragic history of laudanum, morphine, and patent medicines*. Firefly Books Ltd.
- Kopley, R. (1995). Hawthorne's Transplanting and Transforming" The Tell-Tale Heart". *Studies in American Fiction*, 23(2), 231-241.
- Leighton, A. (1986). *Elizabeth Barrett Browning*. Indiana University Press.

- López, A., & Ulises, X. (2010). Lucha metodista por la templanza en Estados Unidos y México, 1873-1892. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, (40), 53-89.
- Lowell, M. (1936). *The Poems of Maria Lowell, with Unpublished Letters and a Biography*, editado por Hope Jillson Vernon. Providence, R.I.: Brown University.
- Marsh, J. (1988). Imagining Elizabeth Siddal. In *History Workshop Journal* (Vol. 25, No. 1, pp. 64-82). Oxford University Press.
- Marsh, J. (1992). *The Legend of Elizabeth Siddal*. London: Quartet Books.
- Marsh, J., & Nunn, P. G. (1989). *Women artists and the Pre-Raphaelite movement*. London: Virago.
- Monlau, P. F., & Salarich, J. (1984). *Condiciones de vida y trabajo obrero en España a mediados del siglo XIX* (Vol. 6). A. Jutglar (Ed.). Anthropos Editorial.
- Pérez, M. E. A., & Alegre, M. E. G. (1992). *La farmacia en el siglo XIX* (Vol. 47). Ediciones AKAL.
- Walker, C. (1993). *American Women Poets of the Nineteenth Century*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press.
- Walpole, H. (1904). Horace Walpole's correspondence. *Transactions*, 5, 76-7.